

PAULA GALLEGO

UNA
TORMENTA
DE
FUEGO



Diez años después del desastre, solo un lugar en el mundo es seguro: el Hades. Cada persona tiene un cometido en su engranaje, un papel que no puede negarse a interpretar.

Los civiles son agricultores, profesores, médicos... Los guardianes son personas sin vínculos ni pertenencias que consagran su vida a proteger a los demás. Los gobernantes lo controlan todo.

A pesar de la severidad del sistema, todos quieren formar parte de él, pero desde que sus puertas se cerraron, nadie ha vuelto a entrar.

Astrid es una de sus guardianas más prometedoras. Tiene algunas de las mejores marcas en sus competiciones y un futuro brillante. Sin embargo, su única misión, una misión por la que daría la vida, será escapar; porque nada es lo que parece en el Hades.

A mis padres, por creer siempre en mí.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Primera parte

Iris blanco

Me llamo Astrid. Tengo diecinueve años. Nueve de cada diez personas nacidas fuera de estos muros mueren en sus primeros días de vida. Fiebre. Vómitos. Gangrena. Muerte.

Aquí tenemos la vacuna. Estamos a salvo del virus, pero puede que la verdadera amenaza no esté en el exterior.

Esto es el Hades.

1 ASTRID

Debería haber seguido el río.

Incluso ahora, con los dedos ateridos y ensangrentados, la vista perdida en un torrente de sangre, mi sangre, no puedo dejar de reprocharme lo estúpida que fui.

El río era una buena opción. Sabía que me seguían desde hacía semanas, pero despistarlos no había sido un problema. El verdadero contratiempo llegó cuando la apacible hojarasca del otoño dio paso al frío. Ocultarse en el bosque era cada vez más complicado y cazar se convirtió en una misión imposible. Siempre he sido una excelente cazadora, pero en invierno las criaturas se esconden, pasan más tiempo en sus madrigueras o, simplemente, mueren; como me va a ocurrir ahora a mí por no haber seguido el maldito río.

Debería haber salido del bosque, haber robado provisiones en alguna granja y haber continuado ocultándome de ellos. Seguir el río me pareció una buena idea al principio. Los asentamientos de gente se erigen siempre cerca de uno. Y, aunque no tuviese la intención de presentarme en ningún campamento para charlar con los lugareños, sus víveres sí que me habrían venido bien.

Pero era fácil... tan fácil que pensé que se lo estaría sirviendo en bandeja de plata y tomé el camino difícil.

Me equivoqué.

Al parecer, ellos también creyeron que esa alternativa era la más sensata y racional. Tanto, que resultaba obvia y, por ello, desechable.

Los subestimé y ese es el motivo de que ahora esté aquí, concentrada en mi respiración, intentando olvidarme del dolor.

Con dedos temblorosos, en parte por el frío y en parte por la herida, hurgo en la perforación del hombro, allí donde la esquirla de la bala de una Colt se ha alojado. Desconozco si ha rozado algún hueso. Lo que me preocupa desde hace un rato es que haya alcanzado alguna arteria o vena importante, y esa posibilidad cada vez cobra más fuerza.

Reprimo un gemido y me muerdo los labios cuando mis dedos se hunden en la carne. El dolor es casi insoportable, pero aún no he dado con la astilla de bala. Sé que está ahí porque la noto. La bala ha atravesado el músculo y ahora se encuentra en el suelo, ensangrentada y deformada; pero estoy segura de que aún queda algo de ella dentro de mi cuerpo. Retiro la mano y echo la cabeza hacia atrás. Ni siquiera sé si después de sacármela seré capaz de ponerme en pie. La sangre sigue brotando y yo cada vez me siento más débil. Si no logro levantarme, moriré aquí mismo y, entonces, ¿habrá merecido la pena pasar mis últimos minutos así?

¿Habrá merecido la pena todo esto?

Ese pensamiento hace que mi mente divague. Jamás había pensado en mi muerte. Durante los últimos seis meses prácticamente he caminado de la mano con ella, pero nunca me había detenido a imaginar cómo sería.

Sin duda, no creía que fuera así; recostada contra una pared casi podrida, dentro de una cabaña abandonada en el bosque y autocompadeciéndome por lo idiota que fui.

Miro a mi derecha y me topo con los ojos azules e inertes de un joven de mi edad. Su expresión se ha congelado en una mueca de asombro y de su pecho brota un hilillo de sangre espesa y caliente. Justo del corazón.

Me pregunto si él se imaginaría así su muerte. Seguro que no pensaba que fuera a ser hoy.

Había conseguido despistarlos, pero me pisaban los talones y no tenía demasiado tiempo.

Tras dejar atrás el río me relajé creyendo que ellos lo seguirían. Empecé a desplazarme con más lentitud y a reco-

rrer menos kilómetros. Hasta que, esta mañana, he encontrado sus huellas en el bosque. Eran al menos de cinco personas y, aunque me hubiese gustado pensar que podían ser simples cazadores tras una presa, sabía que estos cazadores en concreto me buscaban a mí.

Durante todo el día he caminado sin descanso, procurando no pisar zonas enfangadas para no dejar huellas y evitando pasar por los claros que se abrían de cuando en cuando en la maleza.

Sin embargo, tras horas jugando a un escondite mortal, me he visto acorralada. He sentido al grupo cerca, demasiado cerca, y cuando he dado con una cabaña abandonada años no he dudado en entrar.

Ha sido entonces cuando todo se ha precipitado en una larga y lenta caída hacia el desastre.

La madera, húmeda y carcomida, crujía con cada uno de mis pasos y el interior olía a podredumbre.

Me arrodillé junto a una ventana y escudriñé el exterior. Ya los había subestimado una vez, no lo haría una segunda. La caseta era demasiado obvia, tanto que, al igual que el río, la descartarían.

Durante unos minutos interminables permanecí allí, inmóvil, y esperé a estar completamente segura de que se hubieran marchado.

No obstante, justo cuando empezaba a serenarme, vi cruzar una sombra frente a la choza. Me agaché aún más y observé atenta.

Era uno de ellos. Caminaba deprisa y sin reparar realmente en el entorno, algo que indicaba que se había rezagado del resto del grupo, al que no quería perder. Tuvo la mala suerte de que la cabaña era demasiado grande como para no fijarse en ella, y el pobre giró la cabeza hacia mí.

Inmediatamente me pegué contra la pared y deseé que no fuera tan ingenuo como para atreverse a entrar solo. Si desaparecía en busca del resto, me daría unos minutos preciosos para escapar de nuevo.

Escaparía todo lo que hiciera falta. Hasta el final.

Agucé el oído y escuché que se acercaba a la puerta. Me arrastré sobre la capa de mugre que cubría el suelo y me planté frente a la entrada. Me puse en pie despacio y, sin separar la espalda de la pared, me llevé la mano a la muslera y desenfundé mi Glock.

Fuera anocheecía. La adrenalina que circulaba por mi cuerpo me impedía preocuparme por el frío. A mi derecha se encontraba la ventana por la que me había estado asomando; a mi izquierda lo que en días mejores debería de haber sido una salita de estar, con un par de sillas desvencijadas y una chimenea tomada por las telarañas.

El picaporte frente a mí giró.

Tomé aire una vez.

El suelo de la entrada crujió bajo las botas del chico.

Volví a respirar.

Sostuve el arma con firmeza y la alcé. No tenía dónde esconderme. Más allá no había más que un baño y otra habitación.

Era mejor hacer frente a la situación.

Me preparé, apunté y contemplé cómo la puerta se abría con lentitud.

Fue instantáneo.

Un muchacho algo más joven que yo penetró en la estancia apuntándome con su Colt.

Disparó.

Disparé.

Pero, a diferencia de él, yo no buscaba desarmarlo y, mientras que su bala se alojó en mi brazo derecho, un poco por debajo del hombro, la mía fue a parar a su tórax; implacable, letal.

Ni siquiera tuvo tiempo de disparar una segunda vez. Con sus ojos azules abiertos de par en par cayó de medio lado sobre el suelo, levantando consigo una nubecilla de polvo y suciedad.

Si yo había sido ingenua, él lo había sido aún más. Tal vez había pensado que podría estar allí oculta. Y, aunque hubiera acertado, se había equivocado al creer que sería capaz de hacerme frente él solo.

Parece que no soy la única que morirá por subestimar al enemigo. Aunque eso no me consuela.

Aparto la vista enseguida. No quiero mirarlo más de la cuenta. Podría conocerlo. Podríamos haber compartido barracón o haber entrenado a diario a solo unos metros.

Cierro los ojos y vuelvo a abrirlos para mirar mi herida. Sangra mucho. Demasiado. Y si se ha perforado una arteria, no sobreviviré.

Con un último esfuerzo, respiro profundamente para serenarme y procurar que los dedos dejen de temblarme. Los hundo en mi carne y gimo de dolor cuando mis yemas dan con algo sólido y duro. Tiro de ello y siento cómo abandona los centímetros más profundos de mi brazo.

Solo un poco más.

Vuelvo a aferrarlo con fuerza y doy un último tirón seguido de un alarido.

La sangre brota de la herida abierta copiosamente y presiono con la palma de la mano sobre ella, pero es demasiada y varios hilillos de sangre escapan entre mis dedos.

Siento que la vista se me nubla y me percato de que ya he perdido demasiada sangre. Tiro del asa de mi mochila y busco dentro algo que pueda servirme para detener la hemorragia.

Cuando escapé, me hice con varias armas: la Glock que siempre llevo en el muslo, puñales y dagas para cazar, y un subfusil MP5 bien guardado en la bolsa. Sin embargo, no solo me armé, también me preparé para lo peor, y llevo conmigo un pequeño botiquín con vendas, polisporina como ungüento antibiótico y loción de calamina para las picaduras o para el contacto con hierbas venenosas.

Doy con las vendas y las coloco sobre las heridas por donde la bala ha atravesado mi piel. Rodeo con fuerza mi brazo con ellas y sigo aplicando presión con mis manos.

Tengo mucho frío. El ambiente es helador, como si el aliento de la muerte ya rondara el lugar. Todo mi cuerpo tiritita y mis manos tiemblan mientras lucho por detener el constante fluir de sangre.

Poco a poco, me siento desfallecer y comprendo que seguramente no saldré viva de esta cabaña.

No he tenido una vida larga. He morado en esta tierra diecinueve años que han pasado con rapidez y que he dedicado exclusivamente a mi formación para servir a mi pueblo.

Únicamente he conocido la libertad los seis últimos meses. Una libertad acompañada por la sombra del miedo, la necesidad de huir constantemente y la traición.

Es curioso. Quienes me persiguen lo hacen por considerarme una traidora, una desertora. En cambio, siento que fui yo la traicionada. No por mi pueblo, sino por él, por Kenneth.

Soy consciente de que probablemente esté entre los que conforman la partida de búsqueda. Y, si es así, no sé cómo reaccionaré cuando me encuentren. Tal vez me invada la ira o el resentimiento. Tal vez me embargue el dolor.

La puerta está abierta y escucho pisadas cerca.

Me olvido de la herida y dejo de hacer presión sobre ella para aferrar la Glock con dedos temblorosos. La preparo para disparar y aguardo.

Si Kenneth está entre ellos, antes de que me atrape con vida, o de que me mate, meteré la pistola en mi boca y apretaré el gatillo. No le daré la satisfacción de acabar con mi vida.

Una náusea me asalta al imaginarlo, pero sacudo la cabeza y me concienso para lo que tengo que hacer. No hay honor ni dignidad en la muerte. Cuando llega la hora, hasta

el más bravo de los guerreros tiembla como una hoja. Y yo no soy la excepción.

Siento que la vista se me nubla y que la mente me abandona poco a poco. Las pisadas de unas pesadas botas suenan cada vez más cerca, pero no parecen las de un grupo. Más bien son las de un solo hombre; aunque todo cuanto escucho es ya un eco lejano que se disipa sin remedio.

Con un último esfuerzo trato de alzar el brazo, pero mis músculos luchan por abandonarse a la inconsciencia. Intento enfocar la vista y descubrir el rostro de aquel que me ha encontrado, pero estoy demasiado mareada. Apenas distingo una mancha borrosa que cruza la puerta con rapidez y que avanza en mi dirección, sorteando el cadáver del chico.

Sin ser plenamente consciente de lo que ocurre, me acerco la Glock a la boca. En unos instantes todo habrá desaparecido.

Escucho una voz lejana, distante, que suena autoritaria y dulce al mismo tiempo.

Cierro los ojos.

Mi dedo índice se flexiona sobre el gatillo...

Y se apaga la luz.

Me llamo Elliot. Tengo diecinueve años y soy aprendiz de médico. Nueve de cada diez personas mueren poco después de nacer por un terrible virus. Existe una vacuna para la enfermedad. Pero quienes la tienen nos piden por ella lo que ya no poseemos. Tras un motín fallido para conseguirla, perdimos la posibilidad de obtenerla para siempre. Hace tres meses escapé de Alpha, mi hogar y el de otros muchos supervivientes al virus. Mi objetivo es llegar hasta donde está la vacuna, hacerme con ella y devolverle a la humanidad su condición humana.

Me dirijo al Hades.

2 ELLIOT

Nací en Vejle, una ciudad danesa conocida por las colinas boscosas que la cruzan de norte a sur. Al desatarse la pandemia solo era un niño y apenas recuerdo mi país natal. Cuando la gente empezó a morir, nos reclinamos en nuestra casa y rezamos para que ninguno cayese enfermo.

Mis padres trabajaban en el hospital, así que cuando todo empezó a irse al traste, cogieron unas cuantas medicinas y los equipos que pudieron, y volvieron a casa con nosotros. Ni siquiera sabíamos cómo se contagiaba el Suspiro Negro. No dio tiempo a investigarlo. Todo sucedió demasiado deprisa. Así que permanecer en un hospital lleno de enfermos no era seguro.

Resistimos bien unos meses. Mi padre y Fergie, mi hermano mayor, eran los encargados de traer comida a casa mientras mi hermana, mi madre y yo esperábamos seguros en nuestro hogar.

Acercarse a cualquier supermercado suponía un suicidio, teniendo en cuenta que las zonas más pobladas eran fruto de saqueos, asesinatos, incendios... y toda clase de vandalismos. Así que ellos cazaban aves, liebres y todo cuanto encontraban.

Todavía recuerdo el día en el que nuestro padre se despidió de nosotros. Maeve, mi hermana, lloraba como una magdalena; grandes lagrimones caían sobre sus mejillas rechonchas. Nuestra madre también lloraba, pero intentaba mantener la compostura por nosotros. Incluso Fergie, que siempre ha sido un tipo duro, lloró con rabia. Yo no fui menos.

Cuando aparecieron los primeros síntomas de fiebre, cogió un abrigo y se marchó camino del hospital. Dijo que